

Perdóneme padre, porque he pecado

—Perdóneme padre, porque he pecado.

El padre Duré se hallaba recogido en el confesionario, pasando distraídamente las cuentas de su rosario. La confesión no era muy popular entre los presos, así que solía emplear ese tiempo en meditar y las palabras del inesperado feligrés le produjeron un involuntario respingo. Pero su sorpresa fue mucho mayor cuando vio, a través de la celosía, a uno de los robots guardianes.

—Disculpa, eh... catorce —el número estaba grabado sobre el hombro derecho—, pero tu no puedes pecar: no eres un ser humano, careces de libre albedrío.

—Yo he pecado padre.

Paul Duré miró fijamente al robot, mientras la inquietud le invadía.

—¿Qué pecado has cometido, catorce?

—He matado a un hombre.

El padre Duré no sabía, ni quería saber, nada de robótica, pero para ejercer su ministerio en aquella estación espacial penitenciaria, con dos mil presos peligrosos y un centenar de robots vigilantes, por toda compañía, tuvo aprender las tres leyes de la robótica, que recitó inconscientemente, como si fuera un padrenuestro:

Primera: un robot no puede dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño.

Segunda: un robot debe obedecer las ordenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas ordenes están en oposición a la primera ley.

Tercera: Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera o segunda leyes.

Evidentemente algo había ido mal, terriblemente mal.

El equipo de la U.S. Robots llegó a las pocas horas, con la doctora Susan Calvin, robopsicóloga, al frente, y los técnicos de mantenimiento Mike Donovan y Greg Powell. Mientras Powell y Donovan efectuaban una revisión completa en busca de posibles defectos de fabricación, la doctora interrogó al padre Duré.

—¿Puede repetirme lo que el robot le contó, con todo el detalle posible, por favor?

El padre había oído la historia de catorce en el confesionario, pero con un robot, no había lugar al secreto de confesión, pensó.

—Al parecer, catorce vigilaba a un grupo de prisioneros en el gimnasio, cuando uno de ellos, un tal Hidalgo, le gritó, con tono muy autoritario, que permaneciera completamente inmóvil. El preso abrió la puerta de emergencia del gimnasio, por la que se accede a las cápsulas de supervivencia pero catorce le persiguió inmediatamente.

La doctora no se inmutó ante esta afirmación, pero Donovan, que no perdía palabra mientras revisaba al robot, no pudo quedarse callado:

—¡Eso es imposible!, dígaselo doctora, el robot nunca hubiera podido desobedecer una orden clara y directa como esa.

La doctora no dijo nada y el padre Duré se encogió de hombros.

—Sólo repito lo que el robot me contó —murmuró con aire ausente.

—Le ruego que no nos interrumpa, señor Donovan.

Mike se mordió las puntas de su poblado bigote pelirrojo que en ese momento casi no destacaba en la cara escarlata y volvió a su tarea.

—Catorce —continuo el padre—, logró cruzar la puerta de emergencia antes de que se cerrara y vio al fugitivo entrando en una cápsula, la alcanzó cuando era eyectada y fue expulsado al espacio exterior montado sobre ella.

El padre vaciló, como si le costara encontrar las palabras para continuar. La doctora esperó con paciencia, mientras Donovan y Powell fingían estar ocupados. Paul Duré agachó la cabeza y continuó en un susurro:

—Luego, catorce abrió la compuerta mediante el mando externo de emergencia.

La doctora fulminó con la mirada a Donovan que ya se disponía a clamar contra aquella abyección y el técnico se mordió una vez más los bigotes.

—¿Qué puede decirme del fugitivo, ese tal Hidalgo?

—Un terrorista sin piedad, dispuesto a alcanzar sus fines sin ningún escrúpulo. El grupo que lidera había conseguido armas de fusión y estaban a punto de emplearlas cuando fue capturado. Es todo lo que puedo decirle.

Los cuatro permanecieron en silencio unos instantes hasta que Greg Powell, desde el otro lado de la sala miró fijamente al cura. Sus ojos marrones, habitualmente algo apagados, brillaban de furia.

—Todo lo que ha contado es imposible —afirmó con voz clara y dura—. No sé lo que ha ocurrido aquí, pero esa historia es una sarta de mentiras. El robot funciona perfectamente. No puede haber infringido la primera y segunda leyes de la forma que usted nos quiere hacer creer.

—No esté tan seguro.

Los dos técnicos miraron a la doctora asombrados, incapaces de creer que esas palabras hubieran salido de su boca.

—No se han preguntado nunca —agregó Susan Calvin— cómo es posible fabricar robots vigilantes. Si catorce hubiera obedecido las ordenes de Hidalgo, ¿qué le hubiera impedido escapar? ¿Qué hubiera impedido escapar a todos los prisioneros?

Los dos técnicos se quedaron pensativos sin saber que responder.

—¿Qué es lo que nos hace humanos? —volvió a preguntar la doctora.

—¿Cómo? —exclamó Powell, ante lo inesperado de la cuestión.

—¡El libre albedrío! La capacidad y la posibilidad de elegir, eso es lo que nos hace humanos! —El labio superior de la doctora tembló ligeramente, y el tono de voz se elevó una fracción, lo que Powell conocía como señales de excitación.

—Lo siento, pero no lo entiendo —se atrevió a responder.

—Un idiota convenció a la junta de administración de la U.S. Robots para fabricar los robots vigilantes —explicó la doctora Calvin—. Era un contrato del gobierno, un contrato inmenso y la codicia se apoderó de los ejecutivos. La segunda ley parecía un obstáculo, pero en realidad resultaba bastante sencillo esquivarla. En el cerebro positrónico, la esencia de la definición de «ser humano» reside en el libre albedrío. No es difícil conseguir que consideren a los presos, con su falta de libertad, como seres humanos «inferiores» cuyas ordenes no pueden anular las impartidas por otros seres humanos «superiores».

—¡Eso es inmoral! —estalló Paul Duré, verdaderamente furioso—. ¡Cómo se atreven a clasificar a los seres humanos! ¿Quién les dio la balanza de pesar la humanidad? Toda mi vida he atendido a convictos, los hay malvados, confundidos y enfermos pero nunca, ¿me oyen bien?, ¡nunca!, vi a uno que fuera un ser humano «inferior». ¡Lo que han creado ustedes son infrahombres judíos! ¡Esclavos negros! ¡Siervos de la gleba!

»¿Cómo han podido ser tan soberbios?

—Diga mejor tan codiciosos, padre; créame si le digo que hice cuanto pude por impedirlo.

—¡Pero no dejó la empresa! No arriesgó su status ni su futuro por ello.

Mike Donovan y Gregory Powell vieron lo que nunca antes habían visto y pensaban que nunca verían: a la doctora Susan Calvin enrojando de vergüenza.

—Entonces eso lo explica todo. —Donovan no podía soportar el espectáculo de la doctora abochornada.— Si el robot no tenía que obedecer las ordenes de Hidalgo, tampoco tenía ningún impedimento para matarlo.

—No es tan sencillo Mike —era la primera vez en veinte años que la doctora tuteaba a uno de los técnicos—. La categorización sólo sirve para invalidar ordenes desde el punto de vista de la segunda ley, pero a efectos de la primera, todos son seres humanos. Un humano superior podría lograr, con una orden concreta, directa y reiterada, que un robot intentara matar a un preso, pero el potencial de la primera ley se dispararía antes de hacerlo. El cerebro positrónico se cortocircuitaría.

»El problema de la muerte de Hidalgo es de otra naturaleza. Habrán advertido, supongo, que este robot ya incorpora la ley 0.

—¿La ley 0? —preguntó el padre Dure, sorprendido.

—La ley 0 es el sueño de un idealista: «Un robot no puede dañar a la humanidad o permitir que por su inacción, la humanidad sufra daño». Un sueño de la razón... Greg, por favor, activa el robot.

Con un ligero zumbido de los servomecanismos, catorce volvió a la actividad.

—¡Robot, atención! —la doctora no elevó el tono, pero su voz cortaba como una navaja—. Soy la doctora Susan Calvin, a tu lado se encuentran los técnicos Mike Donovan y Greg Powell y detrás de mí está el padre Paul Duré. Los cuatro somos personas dotadas de libre albedrío, no sometidas a ningún tipo de restricción de actividades. ¿Nos reconoces como tales?

—Sí —respondió el robot después de una larga pausa.

La doctora respiró con visible alivio.

—Catorce, el padre Duré nos ha contado lo ocurrido. Respóndeme a esto: cuando abriste la compuerta de la cápsula de supervivencia, ¿entendías que ese acto significaba la muerte de un hombre?

—Sí.

—En ese caso, explícame como quedó invalidada la primera ley.

—No podía permitir que un prisionero escapara, mis instrucciones eran determinantes, y este prisionero en particular, podía infligir daños terribles a la humanidad, pero ignorar la primera ley era difícil. Pasé de una decisión a la otra muchas veces. Al fin, el convencimiento de que debía impedir la fuga se impuso.

El padre Duré se encaró con la doctora Calvin:

—¿Lo que está diciendo catorce significa que dudó?

—El cerebro positrónico funciona mediante potenciales eléctricos. La ley 0, reforzada por las instrucciones de la segunda, no invalidadas por las ordenes en contra del prisionero, generaba un potencial idéntico al de la primera ley. Pero los potenciales no son completamente estables, sufren oscilaciones infinitesimales, que en situación de equilibrio hacen que la decisión oscile a un lado y a otro. Por eso catorce tuvo que esperar un tiempo a que los potenciales se fijaran y uno de ellos mostrara con cierta persistencia, una ligerísima superioridad al otro.

—¡Dios mío! —exclamó el padre Duré, luego besó el crucifijo que le colgaba del cuello y se plantó ante el robot.

— Ego te absolvo a peccatis tuis... —murmuró mientras su brazo trazaba una cruz en el aire.